

ES
PREFERIDA
POR
LOS
MARIDOS...



LA
CRÈME
TISSULAIRE
super-hydratante



por ser la más ligera
crema de noche

LANCASTER

Arrête la marche du temps

ante la nueva temporada

El panorama cinematográfico de un país no está sólo constituido por el cine que en él se hace, sino por el que sus habitantes tienen ocasión de ver, procedente del resto del mundo. Este segundo elemento repercute no sólo en la formación de los profesionales en ejercicio o futuros, sino en el condicionamiento de la receptividad del público que, lógicamente, aceptaría con dificultad en una película nacional las audacias a las que no ha tenido ocasión de habituarse a pesar de haber adquirido carta de naturaleza en el cine internacional. La falta de tradición cinematográfica existente en nuestro país deriva, pues, de esta doble vertiente. Los españoles que hacen cine han visto, en general, muy poco cine, obligados a hacerlo al azar de visitas al extranjero, y los españoles que son esencialmente espectadores han visto, claro es, menos. Durante decenas de años no han llegado a nuestras pantallas, en términos generales, más que películas mediocres, de serie. Las obras auténticamente creadoras, las que han ido marcando etapas en la evolución del lenguaje cinematográfico, se han quedado fuera de nuestras fronteras, salvo raras excepciones. Unas veces por causas de fuerza mayor, otras, simplemente, porque a ningún distribuidor se le ha ocurrido importarlas.

El hecho es que, de un modo u otro, los grandes nombres del cine han permanecido poco menos que ignorados del profesional y del público español. O, cuando sus obras han terminado por llegar a nuestras pantallas, el impacto que en su momento produjeron se ha diluido, lo que tenían de auténticamente nuevo ya no lo es. Ahora que comienza la temporada, que ya ha comenzado, puesto que los cines, después del parón del verano, ofrecen los títulos que, por una u otra razón, consideran importantes, y cuando las distribuidoras ofrecen sus listas de material, es un buen momento para hacer unas consideraciones sobre la materia, consideraciones que no pueden limitarse a la distribución sino alargarse a la exhibición, aunque ésta, por sus condiciones de inferioridad, se vea sometida a los criterios de aquélla. Precisamente en función de este estado de cosas —la distribución impone sus criterios a la producción y determina en alto grado el funcionamiento de las salas en virtud de las obligaciones que acarrea la adquisición de las llamadas cabezas de lote— el hecho de que, según las listas publicadas, nos encontremos ante una temporada que se presenta muy prometedora, puede suponer que no sólo los exhibidores podrán seleccionar con más adecuación a sus auténticos deseos sus programaciones, sino que el propio cine español, ante la presencia en las pantallas de films extranjeros considerados «difíciles», podrá intentar acercarse, aunque se trate de casos aislados, a este tope de edificación.

Antes de dar una breve ojeada a los títulos que justifican esta postura, me parece necesario aclarar lo apuntado respecto a la dependencia de productores y exhibidores respecto de la distribución. Los primeros, en general, y salvo cuando se trata de empresas muy fuertes económicamente —o aun así—, han de contar, antes de emprender la realización de un film, con el «adelanto de distribución» que les asegure que aquél, una vez terminado, no se quedará en sus cajones. Los segundos, los exhibidores, se ven muchas veces obligados, en función de la contratación por lotes, a proyectar películas que nunca habrían tenido acceso a sus locales si les fuera dada la posibilidad de una dirección realmente independiente de éstos. El hecho de que este año, sobre el papel, haya varias docenas de títulos atractivos en las listas, puede, quizá, obviar la situación. Como puede, quizá, contribuir a hacerlo, la existencia cada vez mayor, al menos en Madrid y Barcelona, de circuitos de exhibición que, incluso en ocasión del estreno, programan el mismo film en varios locales. Esto, naturalmente, podría terminar por traducirse en una orientación de las salas hacia determinado tipo de cine siempre que, repito, su dependencia de la distribución se lo permitiera. Pero no cabe duda que, en un momento en que la «diferenciación» del espectador se va haciendo evidente, esta solución sería beneficiosa para todos. Como lo sería el que, en virtud de este mismo hecho de la programación de un mismo film en distintos locales, se pudiera llegar a una elasticidad en los horarios que permitiera la coexistencia de las sesiones numeradas con las continuas, experiencia ya intentada por algunos locales situados fuera de la Gran Vía, pero que, según parece, no dio resultado cuando, hace ya algún tiempo, uno de los mejores locales de esta arteria madrileña la intentó, y ello a pesar de que los horarios se habían estudiado inteligentemente para que a las horas tradicionales se pudiera celebrar sesión sin perjuicio de que entre ellas hubiera otras complementarias. Otra cosa que sería deseable en función de este mismo planteamiento sería la implantación de la proyección de las películas realmente importantes en versión original, aunque esto, naturalmente, lleve aparejados otros problemas cuyo estudio requiere un comentario completo, que haré en otra ocasión.

Como lo requiere el análisis, por somero que sea, de unas listas de material en las que aparecen dos films de Welles, dos de Losey, dos de Godard y Chabrol, dos de Kurosawa, una atrayente selección de films fantásticos con las reposiciones de «King-Kong» y «Frankenstein» y obras de Bava y Corman y un amplio panorama de cine inglés de hoy con obras de Donner —tres—, Clayton, Schlesinger, Richardson, etc., por no hablar de la llegada, por primera vez en muchos años, de un film soviético —el excelente «Quijote», de Kosintzev— y de varias obras interesantes más. Pero esto, repito, será objeto de mi próximo comentario.